

ANTONIO MEDIZ BOLIO (1884-1957)

La tierra del faisán y del venado

José Emilio Pacheco

*A Gabriel Zaid, para celebrar su entrada en
El Colegio Nacional*

En 1918 un escritor mexicano, liberal y buena persona, recibe una invitación para viajar por los Estados Unidos. Sale de una ciudad que han pisoteado los cuatro jinetes del Apocalipsis y en donde perdura la sensación de vivir en la pequeña Roma asediada por los bárbaros: desde cualquier esquina se ven las hogueras zapatistas en el Ajusco; a menudo los guerrilleros penetran hasta Xochimilco, Tlalpan, Coyoacán, San Ángel. No pueden ir más allá pero tampoco pueden ser derrotados.

Lejos de nuestro caos y nuestra mugre, los Estados Unidos deslumbran al escritor. Son el país del confort, la limpieza, la eficiencia, el orden, la puntualidad. Son lo que no seremos nunca. El escritor reflexiona en las diferencias abismales y anota

en su diario que el rápido engrandecimiento de esa nación se debe en buena parte a que "no ha llevado a costas el lastre de las razas aborígenes. El egoísta genio inglés impulsó su civilización a costa del total aniquilamiento de los refractarios a ella". El escritor no compara ni sugiere, se limita a preguntar: "¿Qué sería de los Estados Unidos con algonquinos, iroqueses y maskokis pululando todavía en lo que fue su inmensa y primitiva casa?".

Con excepciones admirables como Amado Nervo (*La raza muerta, La raza de bronce*) los escritores mexicanos pensaban como el viajero. Hasta López Velarde se dejó decir "el harapo que algunos llaman raza indígena". Por eso es tanto más notable la aparición en 1922 de *La tierra del*

José Emilio Pacheco. Poeta, ensayista, traductor, novelista y cuentista mexicano, integrante de la llamada "Generación de los cincuenta". Premio Cervantes 2009.

1 de octubre de 1984 (Publicado en su columna Inventario del Diario *Excelsior*).



faisán y del venado, un libro al que no hemos sabido darle su lugar en la literatura mexicana. El centenario de Antonio Mediz Bolio constituye una oportunidad única para reabrir la discusión.

LA NOCHE DE LOS MAYAS

Durante cerca de treinta años fue habitual encabezar artículos literarios e históricos con un título de Alexis Carrel: *El hombre, ese desconocido* ("Díaz Mirón, ese desconocido"). Luego vino Ian Kot con *Shakespeare, nuestro contemporáneo* y la moda cambió ("Lizardi, nuestro contemporáneo"). Ante Mediz Bolio lo justo parecía volver al título de Carrel. Es un desconocido popularísimo: se sabe que llamó a su Yucatán "la tierra del faisán y del venado" y que escribió la letra de *Caminante del Mayab*. Algunos conservarán de sus años preparatorianos la traducción que hizo del *Libro de Chilam Balam de Chumayel*; pero nada más. Y esto es una injusticia que debe repararse.

Mediz Bolio nació en Mérida el 15 de octubre de 1884. Perteneció por tanto a la generación de 1910 o del Ateneo de la Juventud en que las cuatro grandes figuras —Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Julio Torri y José Vasconcelos— ocultaron con su resplandor a todos los demás. A los 19 años publicó su primer libro, *Evocaciones*, poemas sobre leyendas

mayas. Entre 1905 y 1920 destacó en Mérida y posteriormente en la capital como autor de teatro. Antonio Magaña Esquivel ha estudiado su producción dramática y dice que la inició a la sombra de los dramas de Echegaray y con *Alma bohemía* y *Las dos noblezas*. Luego se declaró discípulo de Jacinto Benavente e hizo zarzuelas y dramas con música (*Suerte perra*, *Vientos de montaña*, *El verdugo*). Al volver del destierro a que lo envió Victoriano Huerta, Mediz Bolio fue el dramaturgo más importante de la época carrancista y resultó el eslabón entre Marcelino Dávalos, Federico Gamboa y su sobrino José Joaquín Gamboa y el grupo de Los siete autores.

Así, en 1915 estrenó *La ola*, una de las primeras piezas sobre la revolución, y en 1917 *La flecha del sol* que, como el *Cuauhtémoc* de Efrén Rebolledo, presenta la visión indígena de la conquista. En 1939 Mediz Bolio escribió el argumento y los diálogos de *La noche de los mayas*, dirigida por Chano Urueta. Cinco años después filmó su única cinta, *El amor de los amores*. Y en 1950, al iniciarse en los escenarios mexicanos la era de Carballido, estrenó su obra final, *Cenizas que arden*.

Mediz Bolio fue diputado y diplomático en Europa y Centro y Sudamérica. Fundó en Mérida el Ateneo Peninsular y la Escuela de Bellas Artes. Publicó una *Introducción al estudio de la lengua maya* (1943)



y presentó como discurso de ingreso en la Academia un estudio sobre la *Interinfluencia del maya con el español de Yucatán* (1951). Al morir en la Ciudad de México el 15 de septiembre de 1957 preparaba una "Historia de las revoluciones de Yucatán".

COLONIALISMO E INDIGENISMO

Siete años después de *Tomóchic* (1982), Heriberto Frías publicó sus *Leyendas históricas mexicanas*, acaso el primer intento de negarle a la colonia el monopolio de ser el único pasado romántico y legendario de este país. Sin embargo, las primeras expresiones narrativas de un nacionalismo posterior a la revolución de 1910 fueron criollistas. Sus autores negaron el término "colonia" para aceptar la ficción legal de que la Nueva España había sido un "reino" al mismo título que las otras "Españas" de la península ibérica. El virreinalismo, como prefirieron llamarlo Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda y aun el primer Ermilo Abreu Gómez, fue sobre todo una literatura de la Ciudad de México. Antonio Mediz Bolio rompió con él, desde Mérida, para fundar una corriente indigenista a la que luego se sumaron Monterde y Abreu Gómez.

No es casual que esta corriente literaria haya surgido en el Yucatán estremecido por Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto y en una



Fotogramas de la película *La noche de los Mayas*.

ciudad, Mérida, entonces completamente separada del centro, que había desarrollado una cultura literaria y musical propia, en todo caso más afín a los países del Caribe y a España que a la Ciudad de México.

MÉRIDA Y MONTERREY

La tierra del faisán y del venado apareció en 1922, el año central de la vanguardia, y probablemente fue escrito en parte cuando Mediz Bolio era secretario de la legación mexicana en Madrid. Allí coincidió con Reyes y Valle Arizpe. El joven Reyes había hecho cinco años antes un hermoso ejercicio intertextual, *Visión de Anáhuac*, lograda tentativamente de "recordar con ayuda de la imaginación" la Tenochtitlan que apareció ante los ojos de los conquistadores. Las únicas fuentes posibles para Reyes fueron Cortés y Bernal que le heredaron no solo sus frases sino también su punto de vista. En ese momento Reyes no podía darse cuenta de que su Anáhuac, aunque con la más generosa y patriótica de las voluntades, estaba contemplado desde el Escorial.

El Monterrey del general Reyes, la fundidora y la cervecería era una meritocracia en que las nanas no le enseñaban su idioma a los hijos del amo como en la sociedad señorial yucateca. En 1920, antes de que se sintieran los efectos de la educación vasconcelista, únicamente un

escritor yucateco, bilingüe desde sus primeros años, podía tener al mismo tiempo una visión no interna pero sí muy próxima del mundo indígena y un dominio de todo el instrumental literario (es decir, europeo) de su tiempo. En aquellos años un joven párroco de San Juan Teotihuacan aprendía de sus feligreses el náhuatl: para traducir la poesía azteca el padre Garibay ya no iba a necesitar ayuda, como otro precursor señorial: José Joaquín Pesado.

Mediz Bolio no contaba con ninguna red protectora de prestigios. Los europeos no habían dicho aún que esas piedras talladas vistas por los crueles amos blancos del país como "ídolos" y "monotes" eran obras maestras en el arte de todas las tierras y todos los tiempos. La sociedad de castas que le permitió a Mediz Bolio aprender natural e involuntariamente el idioma maya y el gran sismo revolucionario se combinaron con su talento y su generosidad para producir *La tierra del faisán y del venado*.

EL ALMA NACIONAL

Reyes pasó sin transición de "Alfonso" a "don Alfonso", de niño prodigio, capaz de producir en la adolescencia un libro como *Cuestiones estéticas* a presidente de la invisible república de las letras mexicanas. A los 33 años ya era el maestro que consagraba y aconsejaba. Mediz



Bolio, de 37, le envió el manuscrito con una carta en que solicitaba el prólogo y le decía:

He pretendido hacer una estilización del espíritu maya, del concepto que tienen todavía los indios (filtrado desde millares de años) sobre sus orígenes, su grandeza pasada, sobre la vida, la divinidad, la naturaleza, la guerra, el amor, todo dicho con la mayor aproximación posible al genio de su idioma y a su estado de ánimo en el presente... He pensado el libro en maya y lo he escrito en castellano...

Reyes respondió con la "Carta a Antonio Mediz Bolio" que prologa la primera edición (no la segunda) y se incluye en *Simpatías y diferencias*. En 1922 —año que marca también la cúspide del "renacimiento" mexicano antes de que lo arrasara la nueva guerra civil de 1923-1924 en que se asesina a Alvarado y Carrillo Puerto y desaparece en la "purga" obregoniana casi toda el ala izquierda de la revolución— Reyes sueña en una serie de ensayos "en busca del alma nacional" que tendría como capítulo primero a la *Visión de Anáhuac*.

Como buen proyecto o plan mexicano, no se cumplió aquel "intento de extraer e interceptar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la

brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real o imaginario está tramada la vida".

EL SILENCIO Y LAS BALAS

El propósito de Reyes sería recogido treinta años más tarde por *El laberinto de la soledad*, el grupo Hiperión, la serie "México y lo mexicano". En 1922 era vasconcelismo puro: "nacionalismo sin xenofobia", ambición mesiánica (pero más noble que la de convertirse en gigantesco expendio de gasolina) de realizar aquí la utopía continental. México tierra de encuentro de Oriente y Occidente, crisol de la Raza Cósmica, respuesta a las interrogaciones de Europa, solución pacífica a la convivencia entre diversas etnias y el conflicto entre el trabajo y el capital.

Como en 1913, en 1923 el habla del espíritu y el simposio platónico iban a ser silenciados por el estruendo de la fiesta de las balas, anegado por la sangre del matadero. Con todo, la generosidad del impulso perdura, esperando que cada generación lo levante e intente realizarlo. En el

tramado de la gran ilusión vasconcelista a Mediz Bolio le correspondió internarse en la zona del silencio, tan exactamente simbolizada en el indio que "va solo y en silencio por lo espeso de los montes, muy adentro de la noche, y oye lo que no ve. Porque de la tierra salen voces que le hablan".

La tierra del faisán y del venado antecede en ocho años a la traducción del *Chilam Balam* que Mediz Bolio publicó en Costa Rica (1930). Se anticipa también a los otros dos libros —*Los hombres que dispersó la danza* de Andrés Henestrosa y *Canek* de Abreu Gómez— que José Luis Martínez reunió en el tomo *Literatura indígena moderna* (1942).

Para que fuesen realmente indígenas, señaló Martínez, sería preciso que estuvieran escritos en su propia lengua, con sus propios medios de expresión y que su meollo sustancial fuera el de las propias culturas de donde parten. Ahora bien: su creación se realiza desde la cultura occidental que poseen sus autores, y desde su personal perspectiva literaria del pensamiento indígena arcaico. Son pues, recreaciones modernas de antigüedades indígenas, realizadas por hombres que guardan aún un sentimiento y un acervo de tradiciones autóctonas, pero cuyos medios de expresión literaria son occidentales.

AGUA Y ACEITE

Leyendas de Guatemala (1930) es un clásico y junto con *Hombres de maíz* lo mejor que produjo Miguel Ángel Asturias. ¿Por qué *La tierra del faisán y del venado* no figura en las historias literarias ni en las antologías si en modo alguno es inferior literariamente a los dos grandes libros de Asturias?

Tal vez la respuesta se halle en que las *Leyendas* son cuentos, pertenecen clara e irrefutablemente a la prosa narrativa. *La tierra del faisán y del venado* en cambio es un libro polifónico, un poema en prosa en que, como en el *Chilam Balam*, concurren diversos géneros. Bajo el imperio de la poesía la leyenda del abandono de Chichén Itzá y el mito de la Xtabay coexisten con el lamento por las ciudades muertas y las grandezas pérdidas.

En aquel tiempo se pensaba que la literatura era "creación". Por tanto no se trataba de un libro original. Para colmo, no era un texto modernista ni de vanguardia. A veces suena a Saint-John Perse, a quien difícilmente habría leído en 1922 Mediz Bolio:

En los caminos hay polvo de pisadas y en los aires hay gritos. Sobre la casa de los guerreros suena día y noche el címbalo ronco y truena el caracol.

Pero si se compara con el *Chilam Balam* del propio autor se verá hasta qué punto su prosa, o quizá

más bien su versículo, está en un castellano penetrado hasta las raíces, desde las raíces, por la cultura maya. Es auténtica poesía mestiza como los salmos de Nezahualcóyotl puestos en liras frayluisinas por Fernando de Alva Ixtilixóchitl: agua y aceite que siempre coexistirán sin fundirse pero que de esa tensión derivan su naturaleza única y su fuerza. Azteca o maya, la poesía de los vencidos y sus descendientes no puede ser sino elegíaca: "¡Todo pasó! ¿Qué fue del rey Ah-Cui-Tok que era duro y brillante como el pedernal, y que con la sombra de sus dedos sembraba sobre la tierra las ciudades encantadas?"

Celebrar la gloria abolida de las ciudades mayas no mejora en un

gramo el régimen alimentario del campesino yucateco ni detiene a los que asesinan al pueblo de Centroamérica. Nada de esto figura entre los poderes de la poesía. Lo que sí estuvo al alcance de Antonio Mediz Bolio fue rescatar la herencia abolida por el racismo de la explotación, empezar a darle su importancia capital dentro de la literatura mexicana a la herencia maya, demostrarnos que en muchas de sus instancias más altas esa literatura ha sido, aun sin proponérselo, la voz del indio expresada en el idioma del blanco. Antonio Mediz Bolio, en fin, es en su centenario un desconocido (por nuestra pereza e indiferencia) a quien debemos hacer nuestro contemporáneo.

